1968: revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes*

Emmanuel Wallerstein

Tesis 1: 1968 fue una revolución en y del sistema-mundo

LA REVOLUCIÓN DE 1968 fue una revolución; una revolución peculiar. Estuvo caracterizada por manifestaciones, desórdenes y violencia en muchas partes del mundo durante un periodo de, al menos, tres años. Sus orígenes, consecuencias y lecciones no pueden analizarse correctamente apelando a las circunstancias particulares de las expresiones específicas de este fenómeno global, a pesar de que muchos factores locales condicionaron las formas de las luchas sociales y políticas en cada localidad.

1968 como evento hace mucho tiempo que finalizó. Sin embargo, fue uno de los grandes sucesos constitutivos de la historia de nuestro moderno sistema-mundo, del tipo que llamamos parteaguas. Esto significa que las realidades ideológico-culturales del sistema-mundo han sido, en forma definitiva, cambiadas por el suceso, en sí mismo la cristalización de ciertas tendencias estructurales de larga existencia en el funcionamiento del sistema.

I. Los orígenes

Tesis 2: La protesta principal de 1968 fue contra la hegemonía norteamericana en el sistema-mundo (y de la aquiescencia soviética a esa hegemonía)

En 1968 el mundo estaba, todavía, en medio de lo que en Fran-

* Apuntes básicos para el Simposio: "1968 como un evento global", Brooklyn College, Nueva York, 20-21 de octubre de 1988.

cia se ha dado en llamar los "treinta gloriosos años" ("les trente glorieuses"), el periodo de increíble expansión de la economía-mundo capitalista que siguió al fin de la segunda guerra mundial. O mejor dicho, 1968 siguió, en forma inmediata, a la primera evidencia significativa del comienzo de un largo estancamiento de la economía-mundo, esto es, las serias dificultades del dólar norteamericano (que, desde entonces, no han cesado).

El periodo 1945-1967 había sido de una incuestionada hegemonía de Estados Unidos en el sistema-mundo debido a la increíble superioridad de su eficiencia productiva en todos los campos, como consecuencia de la segunda guerra mundial.

Esa ventaja económica Estados Unidos la convirtió en dominación cultural y política mundial, al impulsar cuatro importantes iniciativas políticas en el periodo posterior a 1945. Construyó a su alrededor un "sistema de alianzas" con Europa occidental (y Japón), caracterizado por el liderazgo del "mundo libre", e invirtió en la reconstrucción económica de estas áreas (el Plan Marshall, etc.). Estados Unidos buscaba, de esta manera, asegurar el papel de Europa occidental y de Japón como sus principales consumidores económicos y garantizar su estabilidad política interna y su clientelismo político internacional.

Por otra parte, Estados Unidos entró en una relación estilizada de guerra fría con la Unión Soviética basada en la reservación, para ésta, de una pequeña pero importante zona de dominación política (Europa del este). El llamado acuerdo de Yalta permitió a los dos países presentar su relación como una confrontación ideológica ilimitada, con la importante estipulación de que en la línea Este-Oeste no ocurrieran cambios y no se dieran enfremamientos militares reales, especialmente en Europa.

En tercer lugar, Estados Unidos buscaba alcanzar la descolonización gradual, relativamente incruenta, de Asia y África, con el supuesto de que ello podría lograrse por la vía del llamado liderazgo moderado. Esto adquirió mayor urgencia ante la victoria del Partido Comunista en China, una victoria (adviértase) que se obtuvo a pesar de los consejos de la URSS. La moderación se definió como la ausencia de nexos ideológicos significativos de este liderazgo con la URSS y el mundo comunista y, sobre todo, por la voluntad de los estados descolonizados de participar en el marco existente de acuerdos económicos internacionales. Este proceso de descolonización bajo el control de los mo-

derados tuvo la complicidad del uso ocasional y juicioso de la fuerza militar limitada de Estados Unidos.

En cuarto lugar, el liderazgo estadounidense buscaba crear un frente unitario nacional al minimizar el conflicto de clases interno por medio de concesiones económicas a la clase trabadora sindicalizada, especializada, por un lado, y de la incorporación de los trabajadores norteamericanos a la cruzada anticomunista mundial, por otro. También buscaba frenar los conflictos raciales potenciales eliminando la discriminación abierta en la arena política (el fin de la segregación en las fuerzas armadas, la invalidación constitucional de la segregación en todos los campos, el decreto sobre el derecho a voto). Estados Unidos estimuló a sus más importantes aliados a trabajar de modo paralelo por la maximización de la unidad interna.

El resultado de todas estas iniciativas políticas, por parte de Estados Unidos, fue un sistema de control hegemónico que funcionó bastante bien en la década de los cincuenta. Esto hizo posible la expansión continua de la economía-mundo con beneficios significativos en el ingreso para los estratos "medios" en todo el orbe. Hizo posible la construcción de las redes de agencias internacionales de las Naciones Unidas que en ese tiempo reflejaron la voluntad política de Estados Unidos y que garantizaban una arena política mundial relativamente estable. Contribuyó a la "descolonización" de extensas áreas de lo que se dio en llamar el Tercer Mundo con sorprendente rapidez. Y esto aseguró, en el occidente, que la década de los cincuenta fuera un periodo, en general, de relativa quietud política.

Sin embargo, para la década de los sesenta, esta pauta de hegemonía exitosa ya había comenzado a arder, en gran parte por su mismo éxito. La reconstrucción económica de los fuertes aliados de Estados Unidos fue tan grande que comenzaron a reafirmar cierta autonomía económica (e incluso política). Este fue uno, aunque no el único, de los significados del "gaullismo", por ejemplo. La muerte de Stalin marcó el final de un bloque soviético "monolítico". A esto siguió, como sabemos, un proceso (aún en marcha) de desestalinización y de desatelización, los dos puntos cruciales más importantes que estaban en el informe de Kruschev al XX Congreso del Partido Comunista de la URSS y en el conflicto chino-soviético de 1960. La fluidez de la descolonización del Tercer Mundo fue alterada por dos lar-

gas y sangrientas guerras anticoloniales en Argelia y en Vietnam (a las cuales debe asociarse la larga lucha de Cuba). Finalmente, la concesión política otorgada, en la década de los cincuenta, a los "grupos minoritarios" en Estados Unidos (y en todas partes del mundo occidental) acentuó las expectativas que, en realidad, no se estaban atendiendo en el campo económico ni en el político y así, en la práctica real, estimuló más que constriñó la movilización política.

La década de los sesenta comenzó con el dúo de Kennedy y Kruschev, quienes, en efecto, prometían mejorar la situación. Entre otros, tuvieron éxito en quitar los pesados frenos ideológicos que habían sido tan eficaces para sujetar al mundo en la década de los cincuenta, sin realizar, no obstante, ninguna reforma fundamental en los sistemas existentes. Cuando fueron removidos del poder y remplazados por el dúo Johnson-Brezhnev, las esperanzas de ios comienzos de los sesenta desaparecieron. Sin embargo, las renovadas presiones ideológicas que estos poderes intentaron reaplicar se estaban ejerciendo ante una opinión pública más desengañada. Este era el polvorín prerrevolucionario en el cual la oposición a la hegemonía norteamericana, en todas sus múltiples expresiones, explotaría en 1968 en Estados Unidos, en Francia, en Checoslovaquia, en México y en otros lugares.

Tesis 3: La protesta secundaria, pero al final más apasionada, de 1968 fue contra los movimientos antisistémicos de la "vieja izquierda"

El siglo XIX presenció el nacimiento de las dos variedades más importantes de los movimientos sistémicos: los sociales y los nacionales. El primero destacó la opresión del proletariado por la burguesía. El segundo, la opresión de los pueblos (y las "minorías") por los grupos dominantes. Ambos tipos de movimiento buscaron alcanzar, en un sentido amplio, la "igualdad". De hecho, los dos utilizaron los tres términos de la consigna revolucionaria francesa de "libertad, igualdad y fraternidad", virtualmente intercambiables.

Los dos tipos de movimiento tomaron una forma organizativa concreta en un país tras otro, y en definitiva en casi todas

partes en la segunda mitad del siglo XIX y en la primera del XX. Los dos tipos de movimiento privilegiaron la importancia de obtener el poder estatal como un logro intermedio indispensable en la ruta hacia sus objetivos últimos. No obstante, a comienzos del siglo XX el movimiento social tuvo una importante escisión mundial con respecto a la vía de la toma del poder estatal (el parlamentarismo *versus* las estrategias insurreccionales).

En 1945 existían tres claras y diferentes redes de dichos movimientos en la escena mundial: los partidos comunistas de la Tercera Internacional; los partidos socialdemócratas de la Segunda Internacional y los movimientos nacionalistas (o de liberación nacional). El periodo 1945-1968 fue de logros políticos notables para estas tres redes de movimientos. Los partidos comunistas de la Tercera Internacional llegaron al poder, por uno u otro medio, en una serie de países más o menos contiguos a la URSS (Europa oriental, China, Corea del Norte). Los partidos social-demócratas de la Segunda Internacional arribaron al poder (o al menos lograron el *droit de cité*, esto es, el derecho de *alternancia*) en el mundo occidental (Europa occidental, Norteamérica, Australia). Los movimientos de liberación nacional obtuvieron el poder en la mayoría de áreas anteriormente colonizadas de Asia, el Medio Oriente, África, el Caribe y, en formas un poco diferentes, en América Latina, independiente por más de un siglo.

El punto importante para el análisis de la revolución de 1968 es el que los nuevos movimientos que emergieron entonces fueron dirigidos por gente joven que había crecido en un mundo en el que los movimientos antisistémicos tradicionales de sus respectivos países no se encontraban en las primeras fases de la movilización, pero que ya habían alcanzado la meta intermedia del poder estatal. Así, estos "viejos" movimientos podrían ser juzgados no solamente por sus promesas sino también por sus prácticas una vez en el poder. Éstos fueron así juzgados y encontrados, en un grado considerable, deficientes.

Se les consideró de esta manera por dos razones principales. Primero, fueron encontrados deficientes por su eficacia para combatir al sistema-mundo capitalista existente y a su actual encarnación institucional, la hegemonía estadounidense. En segundo lugar, se les juzgó deficientes por la calidad de vida que habían creado en las estructuras estatales "intermedias" que, presumi-

blemente, controlaban. Así es que, en las palabras de un famoso aforismo de 1968, no fueron ya considerados más como "parte de la solución". En vez de eso, se habían convertido en "parte del problema".

La ira del movimiento Students for a Democratic Society (SDS) contra los "liberales" en Estados Unidos, la de los *soixante-huitards* contra el Partido Comunista Francés (para no hablar de los socialistas), la de los SDS alemanes contra el Partido Social-Demócrata Alemán fue de lo más apasionada debido al sentido de traición fundamental. Ésta fue la implicación real de ese otro aforismo de 1968: "Nunca confíes en alguien mayor de 30 años". Fue menos generacional en el nivel de los individuos que generacional en el de las organizaciones antisistémicas. No fue accidental que la principal revuelta en el bloque socialista tuviera lugar en Checoslovaquia, país con una particularmente larga y fuerte tradición en la Tercera Internacional. Los líderes de la Primavera de Praga luchaban en nombre del "comunismo humanista", esto es, contra la traición que representó el estalinismo. Tampoco fue accidental que la principal revuelta en el Tercer Mundo ocurriera en México, el país con el más antiguo movimiento de liberación nacional en el poder de manera continua, o que, de manera particular, importantes revueltas ocurrieran en Dakar y en Calcuta, dos ciudades con tradiciones nacionalistas muy antiguas.

La revolución de 1968 no fue la única que atacó, aunque sólo fuese de una manera secundaria, a las "viejas izquierdas" en el mundo entero; éstas también, por lo que sabemos, respondieron con la misma moneda. Las "viejas izquierdas" quedaron, en primer lugar, asombradas de encontrarse a sí mismas bajo el ataque desde la izquierda (¿quién de nosotros, quién tiene tales impecables credenciales?) y, luego, profundamente enfurecidas ante el aventurerismo que las "nuevas izquierdas" representaban ante sus ojos. En tanto las "viejas izquierdas" respondieron con creciente impaciencia y hostilidad al "anarquismo" expansivo de las "nuevas izquierdas", estas últimas comenzaron a poner cada vez un mayor hincapié en la centralidad ideológica de su lucha contra las "viejas izquierdas". Ésta tomó la forma de multivariados "maoísmos" que se desarrollaron a comienzos de la década de los setenta en todas partes del mundo incluyendo, claro está, a la misma China.

Tesis 4: La contracultura fue parte de la euforia revolucionaria, pero políticamente no fue central a 1968

Lo que dimos en llamar "contracultura" a finales de los sesenta fue un componente muy visible de los diversos movimientos que participaron en la revolución de 1968. En forma general, por una conducta de contracultura en la vida diaria (la sexualidad, las drogas, la moda) y en la de las artes queremos decir que es no convencional, no "burguesa" y dionisiaca. Hubo una enorme escalada cuantitativa de dicha conducta asociada directamente con el activismo en el "movimiento". El festival Woodstock en Estados Unidos representó un tipo de cúspide simbólica de tal contracultura relacionada con el movimiento.

Pero, claro, la contracultura no era, de modo particular, un nuevo fenómeno. Había existido durante dos siglos una "bohemia" asociada con la juventud y las artes. El relajamiento de las costumbres sexuales puritanas ha sido un desarrollo lineal estable en todo el mundo del siglo XX. Más aún, las "revoluciones" habían ofrecido previamente la ocasión de una afirmación de la contracultura. Aquí, no obstante, deben tomarse en cuenta los dos modelos de las revoluciones previas. Si en estas revoluciones, que habían sido planeadas, organizadas y realizadas en prolongadas luchas militares, el puritanismo revolucionario, por lo común, se transformó en un elemento importante de disciplina (véase la historia del Partido Comunista Chino). Sin embargo, en donde las circunstancias revolucionarias incluían una gran cantidad de actividades espontáneas (como fue el caso de la Revolución rusa de 1917 o el triunfo de Castro en Cuba), la espontaneidad significó el quiebre de los constreñimientos sociales y, por tanto, se asociaba, al menos en la fase inicial, con la contracultura (por ejemplo: "el amor libre" en la Rusia posterior a 1917). La revolución de 1968 tuvo, por supuesto y de forma particular, un fuerte componente de espontaneidad y de esta manera, como dice la tesis, la contracultura se convirtió en parte de la euforia revolucionaria.

No obstante, como todos hemos aprendido en la década de los setenta, es muy fácil disociar la contracultura de la actividad política (revolucionaria). En efecto, es sencillo tornar las tendencias contraculturales en estilos de vida orientados, muy redituables, hacia el consumo (la transición de los "yippies" en "yup-

pies"). Por tanto, mientras que la contracultura de la nueva izquierda era lo sobresaliente en la mayoría de estas fuerzas, como lo veían sus enemigos, en última instancia era un elemento menor en el cuadro. Puede ser que una de las consecuencias de 1968 fuera que los estilos de vida dionisiacos se difundieran con mayor amplitud, pero no es uno de sus legados. Es a los legados políticos a los que debemos volver ahora.

II. Los legados

Los legados de los sucesos-parteaguas son siempre fenómenos complejos. Por un lado, son siempre ambiguos; por otro, son siempre el objeto de una lucha de diversos herederos que reclaman la herencia, esto es, la legitimidad de una tradición. Por favor nótese que ya existe una tradición del 68. Las tradiciones son creadas con rapidez y la "tradición" de la Revolución de 1968 estaba ya funcionando a comienzos de los setenta. Y en 1988 hay muchas celebraciones, también, muchos libros y muchos intentos de recuperación. Esto no debe sorprendernos ni desanimarnos. Los sucesos histórico-mundo tienen vida propia y resisten cualquier tipo de captura simple. 1968 no es diferente.

Habiéndoles, así, prevenido de mí mismo, quiero, a pesar de eso, presentarles lo que pienso son los dos principales legados de 1968.

Tesis 5: Los movimientos revolucionarios que representan a los estratos "minoritarios" o sometidos ya no necesitan, y no lo hacen más, tomar un lugar secundario en los movimientos revolucionarios que representan presumibles grupos "mayoritarios".

1968 fue la tumba ideológica del concepto de "papel dirigente" del proletariado industrial. Este papel dirigente había sido cuestionado desde hace mucho tiempo, pero nunca antes tan masiva y tan eficazmente. En 1968 lo fue con el argumento de que el proletariado industrial fue, y de manera estructural siempre lo había sido, sólo uno entre otros componentes de las clases trabajadoras del mundo.

La postura histórica asumida por las dos variedades de movimientos de la "vieja izquierda" (la socialista y la nacionalista) fue que ellas representaban los intereses de los "principales" oprimidos, fueran éstos la "clase trabajadora" de un país dado o la "nación" cuya expresión nacional no estuviera consumada. El punto de vista de estos movimientos fue que las demandas de los "otros" grupos que se autoconsideraban tratados en forma desigual —las nacionalidades inconsumadas, para los movimientos socialistas; la clase trabajadora, para los movimientos nacionalistas; la mujer, para los dos tipos de movimientos y cualquier otro grupo que pudiera reclamar por la opresión política y social— fueron en el mejor de los casos secundarias y, en el peor, de diversión. Los grupos de la "vieja izquierda" tendían a razonar que la toma del poder debía ser el objetivo primario y la búsqueda prioritaria, después de lo cual (argumentaban) las opresiones secundarias desaparecerían por sí solas o, al menos, podrían ser resueltas con las acciones políticas apropiadas en la era "posrevolucionaria".

Es innecesario decir que no todos estuvieron de acuerdo con tal razonamiento. Y los movimientos socialistas y nacionalistas, con frecuencia, pelearon fieramente entre sí, precisamente por el tema de la prioridad de la lucha. Pero ninguno de los movimientos de la "vieja izquierda" cedió nunca terreno teórico en relación al tema de las prioridades estratégicas en la lucha por la igualdad, aunque muchos movimientos individuales hicieron concesiones tácticas y temporales sobre tales temas con el interés de crear o reforzar determinadas alianzas políticas.

Mientras los movimientos de la "vieja izquierda" estaban en sus fases prerrevolucionarias, de movilización, el argumento sobre lo que sucedería o no después de alcanzar el poder estatal permaneció hipotético. Pero una vez que lo obtuvieron, las consecuencias prácticas podrían evaluarse sobre la base de algunas evidencias. En 1968 muchas de estas valoraciones ya se habían hecho y los oponentes a las "otras" múltiples desigualdades argumentarían, con alguna plausibilidad, que la obtención del poder por parte de los grupos de la "vieja izquierda", de hecho, no han terminado con esas "otras" desigualdades, o al menos no han cambiado lo suficiente las múltiples jerarquías grupales que existían previamente.

Al mismo tiempo, un siglo de luchas había comenzado a acia-

rar dos realidades sociológicas que habían estado presentes en este debate. La primera era que, de manera diferente a la teorización previa, la tendencia del desarrollo capitalista no era transformar a la mayoría de los estratos laborales del mundo en trabajadores de fábrica, asalariados, urbanos, masculinos, adultos, el tipo ideal del "proletariado" como se concebía en forma tradicional. La realidad del capitalismo en lo ocupacional era mucho más compleja que eso. Este tipo ideal de "proletariado" había representado una minoría en los estratos laborales del mundo en 1850, claro está. Pero se pensaba, entonces, que esto era meramente transitorio. No obstante, estos "proletarios" tipo ideal siguieron siendo una minoría en 1950. Y ahora es claro que este particular perfil ocupacional probablemente permanecerá como una minoría en el año 2050. Así, organizar un movimiento alrededor de este grupo era dar prioridad —una prioridad permanente e ilegítima— a las demandas de una variedad sobre otras variedades de los estratos laborales del mundo.

En forma análoga, había quedado claro que las "nacionalidades" no eran algo que se pudiera, de alguna manera, delinear en forma objetiva. Las nacionalidades eran, más bien, el producto de un proceso complejo de creación social en marcha, que combinaba los logros de conciencia (para sí y para los otros) y las clasificaciones sociojurídicas. Se concluyó que cada nación tuvo y tendría subnaciones, en lo que amenazaba ser una cascada interminable. Se concluyó que cada transformación de alguna "minoría" en "mayoría" creaba nuevas "minorías". No habría final para este proceso y de esta manera, tampoco, soluciones "automáticas" de los problemas por la toma del poder estatal.

Si el "proletariado" y las "naciones oprimidas" no estaban destinadas a transformarse en mayorías impugnables, aunque permanecerían para siempre como un tipo de "minoría" junto a otros tipos de "minorías", su demanda de prioridad estratégica en la lucha antisistémica estaría, por consiguiente, gravemente debilitada. 1968 completó, precisamente, este deterioro. O más bien, la revolución de 1968 cristalizó el reconocimiento de esta realidad en la acción política mundial de los movimientos antisistémicos.

Después de 1968, ninguno de los "otros" grupos en lucha —ni las mujeres, ni las "minorías" raciales, ni las "minorías" sexuales, ni los minusválidos, ni los "ecologistas" (aquellos que

rehusaron aceptar, incuestionablemente, los imperativos de la producción global incrementada)— aceptaría la legitimidad de "esperar" por otra revolución. Y desde 1968, los movimientos de la "vieja izquierda" se han visto, de manera creciente, en aprietos para hacer, y naturalmente han dudado en continuar haciendo, peticiones para "posponer" demandas hasta alguna época presuntamente posrevolucionaria. Es bastante fácil verificar este cambio en el ambiente. Un simple análisis cuantitativo del contenido de la prensa de izquierda en el mundo indicaría, al comparar digamos 1985 y 1955, un aumento dramático del espacio asignado a estos "otros" intereses que una vez había considerado "secundarios".

Por supuesto que hay más. El mismo lenguaje de nuestros análisis ha cambiado; de manera consciente y explícita, ha sido modificado. Nos preocupamos por el racismo y el sexismo, incluso en arenas que una vez se pensaron "inofensivas" (los apodos, el humor, etc.). Y, también, la estructura de nuestra vida organizacional ha cambiado. Mientras que antes de 1968 se consideraba, en forma general, como un desiderátum el unificar todos los movimientos antisistémicos en uno solo, al menos en un solo movimiento en cada país, esta forma de unidad no es ya más un desiderátum incuestionado. Una multiplicidad de organizaciones, cada una representando un grupo diferente o una diferente tonalidad, incorporado de manera amplia en algún tipo de alianza, son ahora vistas, al menos por la mayoría, como algo bueno en sí mismo. Lo que fue un *pis aller* es ahora proclamado como una "coalición de arcoiris" (una acuñación estadounidense que se ha difundido).

El triunfo de la revolución de 1968 ha sido un triple triunfo en términos del racismo, del sexismo y de otros males análogos. Un resultado es que las situaciones legales (las políticas estatales) han cambiado. Otro es que las situaciones dentro de los movimientos antisistémicos han cambiado. Un tercer resultado es que las mentalidades han cambiado. No es necesario ser —ingenuo— sobre esto. Los grupos que fueron oprimidos pueden quejarse, todavía, con gran legitimidad, que los cambios que han ocurrido son inadecuados, que las realidades del sexismo y el racismo y otras formas de desigualdad opresiva permanecen con mucho entre nosotros. Además, no hay lugar para dudar que ha habido reflujo en todas las arenas, en todos estos problemas.

Pero, también, no tendría sentido dejar de reconocer que la revolución de 1968 marcó, para todas estas desigualdades, un punto de inflexión histórico.

Incluso si los estados (o algunos de ellos) retrocedieran radicalmente, los movimientos antisistémicos nunca serían capaces de hacerlo (y, si lo hacen, perderían de esta manera su legitimidad). Esto no significa que ya no haya debate sobre las prioridades entre los movimientos antisistémicos. Significa que se ha transformado en un debate sobre la estrategia fundamental y que los movimientos (o las tendencias) de la "vieja izquierda" ya no rehusan entrar en tales debates.

Tesis 6: El debate sobre la estrategia fundamental de la transformación social se ha reabierto entre los movimientos antisistémicos y será el debate político principal de los próximos veinte años.

En la actualidad existen, en un sentido amplio, seis variedades de movimientos sistémicos: a) en los países occidentales, los de la "vieja izquierda" en la forma de sindicatos y segmentos de los partidos de izquierda tradicional —laborales y socialdemócratas, a los cuales podríamos añadir los partidos comunistas, a pesar de que, excepto en Italia, éstos sean débiles y aún más en su crecimiento—; b) en los mismos países de occidente, una gran variedad de movimientos sociales nuevos (de mujeres, los "verdes", etc.); c) en el bloque socialista, los partidos comunistas tradicionales en el poder, entre los cuales jamás se ha extinguido el flujo de un persistente virus antisistémico que, de tiempo en tiempo, resurge con renovada (y febril) actividad (el fenómeno Gorbachov, en cuanto apela al "leninismo" en contra del "estalinismo", puede ser tomado como una evidencia de esto); d) en este mismo bloque socialista, la emergente red de organizaciones extrapartido, bastante dispar en su naturaleza, y que parece estar tomando un tinte, en forma creciente, muy parecido a los nuevos movimientos sociales de occidente (tienen, no obstante, la característica distintiva de hacer hincapié en los temas de los derechos humanos y en lo antiburocrático); e) en el Tercer Mundo, los segmentos de aquellos tradicionales movimientos de liberación nacional todavía en el poder (como por ejem-

plo en Argelia, Nicaragua o Mozambique) o los herederos de tales movimientos pero fuera del poder (aunque "legados" como el "nasserismo" en el mundo árabe tiendan a perderse). Por supuesto, en países con revoluciones en marcha (tales como Sudáfrica o El Salvador) los movimientos, necesariamente todavía en una fase de movilización de la lucha, tienen la fuerza y las características de sus predecesores en otros estados, cuando éstos estaban en esta fase; f) y, finalmente, en estos mismos países del Tercer Mundo, los nuevos movimientos, que rechazan algunos de los temas "universalistas" de los movimientos previos (vistos como temas de "occidente") y propugnan formas de protesta "locales", con frecuencia con revestimiento religioso.

Parece claro que las seis variedades de movimientos se apartan de la uniformidad antisistémica. Pero todas tienen una cierta herencia antisistémica significativa, cierta resonancia antisistémica que continúa y un cierto potencial antisistémico. Por otra parte, claro está, los seis tipos de movimientos no están enteramente limitados geográficamente a las diversas zonas, como he indicado. Pueden encontrarse algunas transzonas difusas, pero la separación geográfica de variedades parece ser cierta, hablando en forma amplia, por el momento.

Pueden hacerse, creo, tres observaciones principales sobre la relación entre estas seis variedades de movimientos (potencial, parcial e históricamente) antisistémicos. En primer lugar, en el momento de la revolución de 1968, las seis variedades tendían a ser bastante hostiles entre sí. Esto era particularmente cierto en la relación de la "vieja" con la "nueva" variedad en cada zona, como hemos dicho. Pero también fue cierto, en forma general, de una manera más amplia. Esto es, cada una de estas variedades tendían a ser críticas, incluso hostiles, hacia las otras cinco. Esta múltiple y mutua hostilidad ha tendido a disminuir grandemente en las siguientes dos décadas. Ahora, uno puede hablar que las seis variedades de los movimientos muestran una vacilante (y aun sospechosa) tolerancia entre ellas y están, por supuesto, lejos de ser políticamente aliadas entre sí.

En segundo lugar, las seis variedades de movimientos han comenzado, de manera tentativa, a debatir entre ellas sóbre la estrategia de la transformación social. Un tema principal es, por supuesto, la conveniencia de buscar el poder estatal, el tema que ha dividido fundamentalmente las tres "viejas" de las tres "nue-

vas" tendencias de los movimientos. Otro, y derivado, tema se refiere a la estructura de la vida organizativa. Éstos son, con seguridad, temas que habían sido ampliamente debatidos en el periodo 1850-1880 y, en ese tiempo, más o menos resueltos. Ahora han sido reabiertos y de nuevo están siendo discutidos a la luz de la experiencia "realmente existente" del poder estatal.

En tercer lugar, si el debate sobre la estrategia global será resuelto y cuándo lo será; incluso si la resolución reside en mezclar las seis variedades de movimientos en una gran familia mundial, no puede concluirse que habrá una estrategia antisistémica unificada. Se ha dado el caso durante mucho tiempo, y continuará dándose por mucho más tiempo, que estos movimientos han sido penetrados muy fuertemente por personas, grupos y estratos cuya esperanza esencial no es alcanzar un mundo igualitario, democrático, sino el mantenimiento de un mundo desigual, no democrático, y si es necesario, incluso un mundo diferente en estructuras a nuestra economía-mundo capitalista (actualmente inmersa en una larga crisis estructural). Es decir, al final del debate entre los movimientos podremos, quizá, ver una lucha al interior de la posible familia única de los movimientos entre los que proponen un mundo igualitario y democrático y sus oponentes.

III. Las lecciones

¿Qué lecciones recuperaríamos de la revolución de 1968 y de sus consecuencias? ¿Qué lecciones, en efecto, podríamos recuperar de más de un siglo de actividad antisistémica organizada en el mundo entero? Creo que aquí el formato de tesis no es adecuado. Prefiero presentar los temas en forma de interrogantes. Éstas, añadiría de manera rápida, no pueden ser contestadas en la privacía de la discusión intelectual o de modo coloquial. Son preguntas que sólo pueden responderse totalmente por medio de la praxis de los múltiples movimientos. Pero esta praxis incluye, por supuesto, como parte de ella misma, los análisis y debates en público y privado, especialmente aquellos que se realizan en un contexto de compromiso político.

Interrogante 1: ¿Es posible lograr un cambio político significativo sin tomar el poder?

Supongo que la respuesta depende, en primer lugar, de cómo defina uno la palabra "significativo". Pero la pregunta, con mucho, es real. Si los marxistas ganaron el debate político con los anarquistas en el siglo XIX y los nacionalistas políticos ganaron su debate paralelo con los nacionalistas culturales, la explicación estuvo en la fuerza compulsiva de una afirmación que ellos hicieron: aquellos con privilegios existentes nunca los cederán en forma voluntaria y usarán su control sobre la violencia estatal para prevenir tan significativo cambio. Se concluyó que desalojar a los privilegiados del poder estatal era el prerrequisito para el cambio significativo.

Parece bastante claro que incluso en la actualidad, en algunos países (como decir Sudáfrica) existen gobiernos representativos de las minorías privilegiadas que resueltamente no tienen la voluntad de ceder sus privilegios. En estos países no parece muy plausible sugerir que cualquier cambio político significativo podría ocurrir en ausencia de una vigorosa, y casi inevitable, actividad política violenta. Sudáfrica es, sin duda, una instancia quintaesenciada de un Estado en el que la mayoría de sus ciudadanos nunca han tenido el *droit de cité* y, por consiguiente, nunca han sentido que el gobierno fuese "suyo" en cualesquiera de los sentidos.

Pero, en la actualidad, hay un gran número de estados en los cuales la mayoría de la población cree que, en algún sentido, el gobierno es "de ellos". Muchos regímenes "posrevolucionarios", por un tiempo, disfrutan de este sentido fundamental de apoyo popular. Esto es cierto, sin duda, para la URSS, China y Argelia. ¿Pero si lo es para Argelia no lo es, también, para la India? ¿Y esto no es verdad para Suecia en donde 50 años de regímenes socialdemócratas han "integrado" a la clase trabajadora a la vida política? ¿Y qué sobre Francia o Alemania? Así podríamos continuar. Cada caso nacional tiene su especificidad. Pero, seguramente, es claro que hay un gran número de estados en los cuales el apoyo popular para el Estado es extenso y en donde, por consiguiente, una lucha principal por el acceso al poder tiene poca resonancia. Probablemente no es de mucha utilidad sugerir, por consiguiente, que algunas de estas estructuras esta-

tales son "posrevolucionarias" implicando que las otras son "prerrevolucionarias". Muchas de ellas están en el mismo caso en términos del grado de apoyo (y cinismo) popular. Repitiendo, esto no es verdad en países como Sudáfrica, en donde el acceso al poder estatal de la mayoría permanece como el principal tema político. Pero tales estados son, todavía, una minoría.

En efecto, ¿no es la cuestión de alcanzar el control del Estado desde la "sociedad civil" el principal tema en muchos estados y quizá más especialmente en aquellos que son autoconscientemente "posrevolucionarios"? ¿No es éste el corazón del debate político interno no solamente en los "países socialistas" sino también en América Latina, en Europa del sur, en el sureste de Asia y en el África negra? "Más democracia es más socialismo", dice Gorbachev. Pero si esto es así, ¿cuál es la función de un *movimiento* antisistémico en la URSS?

Interrogante 2: ¿Existen formas del poder social cuya conquista es más valiosa que el poder "político"?

Es obvio que existen otras formas del poder social: el económico, el cultural (la hegemonía de Gramsci), el poder sobre sí mismo (la autonomía individual o de "grupo"). Y es también obvio que los individuos, los grupos, las organizaciones, buscan de manera constante tales tipos de poder. Pero, ¿cómo se articulan los esfuerzos por obtener dicho poder con la actividad *política* de los movimientos sistémicos? ¿En qué sentido el logro de mayor poder económico, o mayor poder cultural o mayor poder sobre sí mismo, de hecho, contribuye a la transformación fundamental del sistema-mundo?

Nos encontramos aquí ante una pregunta que ha acosado a los movimientos antisistémicos desde sus inicios. ¿Es la transformación fundamental la consecuencia de una suma de mejoramientos que, poco a poco en el tiempo, crean cambios irreversibles? ¿O son tales logros en constante incremento, en gran parte, una autodecepción que, de hecho, desmovilizan y, por esto, preservan la realidad de las desigualdades existentes? Éste es, por supuesto, el debate "reforma-revolución" de nuevo, que es mucho más amplio que la versión reducida de este debate simbolizado por Eduardo Bernstein *versus* Lenin. Es decir, ¿hay una

estrategia significativa que pueda ser construida y que involucre la abigarrada búsqueda de múltiples formas de poder? Esto es lo que sugieren, al menos implícitamente, muchos de los argumentos de los nuevos movimientos sociales que emergieron en la vigilia de 1968.

Interrogante 3: ¿Pueden los movimientos antisistémicos tomar la forma de organizaciones?

La creación de organizaciones burocratizadas como el instrumento de la transformación social fue la gran invención sociológica de la vida política del siglo XIX. Se debatió mucho si tales organizaciones debían de ser de masas o de cuadros, legales o clandestinas, centradas en un solo tema o en varios, si debían demandar un compromiso limitado o total de sus miembros. Pero por cerca de un siglo ha habido poca duda de que las organizaciones, de cualquier tipo, fueran indispensables.

Que Michels demostrara hace mucho tiempo que estas organizaciones adquirieron vida propia, lo cual interfirió bastante directamente con su ostensible *raisons d'être*, no parece desanimar mucho el entusiasmo de crear, todavía, más organizaciones. Incluso muchas de estas organizaciones surgieron de los movimientos espontáneos de 1968. No hay duda de que hubo consecuencias que no fueron muy cómodas para muchos de la generación posterior a 1968, como puede apreciarse en los amargos debates entre los *Fundis* y los *Realos* en el movimiento verde de Alemania.

La tensión entre la eficacia que representan las organizaciones y los peligros políticos e ideológicos que a su vez encarnan es quizás irresoluble. Es, tal vez, algo con lo que, simplemente, debemos vivir. No obstante, me parece que ésta es la cuestión que tiene que ser tratada y debatida de manera total y directa, al menos si no queremos vernos arrastrados hacia dos facciones sin sentido: los "sectarios" y los "retirados". El número de individuos en el mundo entero que son "ex-activistas" y quienes, en la actualidad, son "no afiliados", que quieren de alguna manera estar activos en la política, creo, ha crecido de una manera muy rápida poco después de la decepción de 1968. Me parece que no hay que considerar esto como la "despolitización" de los desilusionados, aunque haya algo de esto. Más que eso, es el te-

mor a que la actividad organizacional es sólo aparentemente eficaz. Pero si esto es así, ¿existe algo que pueda remplazarla?

Interrogante 4: ¿Existen bases políticas sobre las cuales los movimientos antisistémicos del oeste y del este, del norte (del oeste y del este) y del sur, puedan en realidad unirse?

No me parece accidental que existan seis variedades de movimientos sistémicos, una variedad "vieja" y una "nueva" en cada una de las tres diferentes zonas. Es el reflejo de la diferencia de realidades políticas en las tres zonas. ¿Existen ciertos intereses políticos unificadores que pudieran originar una estrategia mundial común? ¿Hay alguna evidencia de que, aunque esto no hubiese sido cierto en el periodo que siguió a 1945, comienza a serlo en los ochenta y pudiera serlo en mayor medida en el siglo XXI?

Aquí necesitamos algo más que buenos y piadosos pensamientos. Hasta ahora no ha existido una solidaridad internacional (esto es, interzonal) con alguna significación. Y este hecho ha dado origen a mucha amargura. Tres cosas me parecen importantes. Primera, el interés cotidiano inmediato de la población de las tres zonas es en la actualidad, de modo sorprendente, diferente. Los movimientos que existen en estas tres zonas reflejan sus diferencias. En segundo lugar, muchos de los objetivos de corto plazo de los movimientos en las tres zonas, si fueran logrados, tendrían el efecto de mejorar la situación de algunos pueblos de esa zona a expensas de otros pueblos en otras zonas. En tercer lugar, ninguna transformación conveniente de la economía-mundo capitalista es posible en ausencia de la cooperación política transzonal de los movimientos antisistémicos.

Interrogante 5: ¿Qué significa, realmente, la consigna "libertad, igualdad y fraternidad"?

La consigna de la revolución francesa es muy familiar para todos. Parece hacer referencia a tres fenómenos diferentes, localizados cada uno en los tres campos en los cuales estamos acos-

tumbrados a dividir nuestro análisis social: la libertad en la arena política, la igualdad en la arena económica y la fraternidad en la arena sociocultural. Y nos hemos acostumbrado, también, a discutir su importancia relativa, en forma muy particular entre la libertad y la igualdad.

La antinomia de libertad e igualdad me parece absurda. No creo comprender cómo puede alguien ser "libre" si existe la desigualdad, ya que los que tienen más siempre tienen opciones que no están disponibles para quienes tienen menos y, por consiguiente, los últimos son menos libres. En forma similar, en realidad no comprendo cómo puede haber igualdad sin libertad ya que, en ausencia de ésta algunos tienen mayor poder político que otros y de aquí puede concluirse que hay desigualdad. No estoy sugiriendo un juego verbal aquí, pero sí un rechazo a la distinción. El binomio libertad-desigualdad es un concepto único.

¿Puede entonces la fraternidad ser "plegada a" este concepto único de libertad-igualdad? Pienso que no. Digo, primero, que la fraternidad, dada nuestra reciente conciencia sobre el lenguaje sexista, debía ser ahora suprimida como término. Quizás podríamos hablar de camaradería. Esto nos lleva, no obstante, al corazón de los temas izados por el sexismo y el racismo. ¿Cuál es su contrario? Por un largo tiempo las izquierdas del mundo predicaban una u otra forma de universalismo, esto es, la "integración" total. La conciencia de la revolución de 1968 ha llevado al reconocimiento, por parte de aquellos que más directamente sufrieron por el racismo y el sexismo, del valor político, cultural y psicológico que tiene construir sus propias, esto es, separadas, estructuras organizacionales y culturales. En escala mundial, algunas veces, esto es llamado el "proyecto civilizador".

Es común reconocer que las tensiones entre el universalismo y el particularismo son el producto de la economía-mundo capitalista y que son imposibles de resolver en este marco. Pero esto nos proporciona una guía insuficiente para las futuras metas o para las tácticas actuales. Me parece que los movimientos posteriores a 1968 han manejado este tema de una manera muy sencilla, oscilando hacia atrás y hacia adelante en sus énfasis. Esto deja intacto el tema como una confusión y una irritación permanentes. Si pensamos en una estrategia de transformación, ésta tendría que incluir, justamente, una clara perspectiva sobre cómo reconciliar las tendencias a la homogeneidad (implicada en el

mismo concepto de una estrategia transzonal) y hacia la heterogeneidad (implicada en el concepto de libertad-igualdad).

Interrogante 6: ¿Existe una vía significativa por la cual podamos llegar a la abundancia (o al menos a tener lo suficiente) sin el productivismo?

La búsqueda por conquistar la naturaleza y el acento moral saintsimoniano sobre el trabajo productivo han sido, durante mucho tiempo, los pilares ideológicos no sólo de la economía-mundo capitalista sino, también, de sus movimientos antisistémicos. Por supuesto que muchos de ellos se han preocupado por el excesivo crecimiento, por el desperdicio y el agotamiento de los recursos. Pero, lo mismo que con otros rechazos de los valores dominantes ¿hasta dónde podemos y debemos perfilar las implicaciones de las críticas?

Una vez más, es fácil decir que el trabajo *versus* la ecología es un dilema producido por el sistema actual y que es inherente a él. Pero de nuevo esto nos dice muy poco acerca de los objetivos de largo plazo o de las tácticas de corto plazo. Y, una vez más, éste es un tema que ha dividido enormemente a los movimientos antisistémicos internos de las zonas e, incluso, mucho más entre éstas.

IV. La nota de conclusión

Una de las principales reclamaciones implícitas de la revolución de 1968 fue que el enorme esfuerzo social de los movimientos antisistémicos en los 100 años anteriores hubieran logrado tan pocos beneficios globales. En efecto, los revolucionarios decían que no somos muy diferentes de lo que nuestros abuelos eran en términos de la transformación del mundo.

La crítica fue durísima, sin duda muy saludable, pero también injusta. Las condiciones de la revolución sistémica-mundo de 1968 fueron diferentes de aquellas de la revolución sistémica-mundo de 1848. Es muy difícil ver, en forma retrospectiva, cómo los movimientos antisistémicos, entre 1848 y 1968, podrían haber actuado de una manera diferente. Su estrategia fue, proba-

blemente, la única realista disponible y sus fracasos pueden ser inscritos en los constreñimientos estructurales en los que, de forma necesaria, trabajaron. Sus esfuerzos y su devoción fueron prodigiosos. Y los peligros que evitaron, las reformas que impusieron, probablemente compensaron las malas acciones que cometieron y el grado en que su modo de lucha reforzó al mismo sistema en contra del cual luchaban.

Lo importante, no obstante, es no quedar rezagado con relación a los movimientos antisistémicos del mundo. La trascendencia real de la revolución de 1968 es menos su crítica al pasado que las preguntas que levantó sobre el futuro. Incluso si la estrategia pasada de los movimientos de la "vieja izquierda" hubiera sido la mejor posible para ese tiempo, la pregunta de si fue una estrategia útil como la de 1968 aún permanece.

Los nuevos movimientos, empero, no han ofrecido una nueva estrategia totalmente coherente. Ésta está todavía, en la actualidad, por ser elaborada. Posiblemente tomará de 10 a 20 años hacerlo. Esto no es motivo para desanimarse; mejor que eso, es la ocasión para realizar un duro trabajo político e intelectual colectivo.